

SUMARIO

El general Martínez Campos, por Joaquín de la Llave, coronel de Ingenieros.—El general Martínez Campos.—Después de Escuelas prácticas, por Fernando Ruiz y Feduchy, capitán de Artillería y Daniel Alcarraz, teniente de Artillería.—Port-Arthur, (continuación), por el Capitán Barmin.

BIBLIOTECA

Pliego 41 de **Geografía Universal**, por D. Luis Trucharte y Villanueva, comandante de Infantería.

Pliego 21 de **Napoleón, jefe de ejército**, por el general alemán conde de York.

Pliego 3 de **El tiro colectivo**, por A. Collon, comandante de Artillería belga.

Pliego 4 de **Geografía é Historia de Menorca**, por D. Lorenzo Lafuente Vanrell, primer teniente de Infantería.

EL GENERAL MARTINEZ CAMPOS

Con motivo de la inauguración de su monumento

RECUERDOS

Ni podía ni quería faltar á la solemnidad de hoy. No estuve nunca en la intimidad del general, no figuré en su cuartel general, ni me conté entre sus allegados y aduladores; pero á la distancia enorme que media entre el modesto subalterno de una compañía de zapadores y el general en jefe, tuve ocasión, sin embargo, en aquella memorable y olvidada campaña de Cataluña de 1875, de apreciar la clarividencia del insigne caudillo, su admirable acierto militar y político, su abnegación personal, su valor sereno, su altitud de miras.

El general Martínez Campos de la estatua ecuestre, hoy inaugurada en el Retiro, es verdaderamente el *mto*, el de Cataluña. No es el triunfador, que luciendo brillante uniforme de gala, con el pecho cubierto de condecoraciones, montado en brioso caballo, recibe las ovaciones de la multitud; es el modesto general, mal arrebujado en el capote, que se sobrepone á la fatiga de una larga marcha para prepararse á dirigir el ataque y monta un caballo de campaña, resistente pero de poca apariéncia. Es el del ataque de Olot, el de la correría por el Campo de Tarragona en persecución de Tristany y Miret, el de toda aquella campaña para mí inolvidable. Permítanseme algunos recuerdos.

Mucho habia oido hablar del general Martínez Campos, especialmente á mis compañeros el capitán Lorente y los tenientes Bethencourt y Ru-

bio que le habían conocido el día de la acción de Torre de Oristá (1), cuando deshecha la columna Alvarez, solo quedaba resistiendo en un montículo la diezmada compañía de ingenieros, y llegaron los batallones de Cuba y Cataluña conducidos por el general, que restableció el combate, recuperó parte de la artillería perdida y persiguió á la facción Savalls; pero no tuve ocasión de verle hasta la mañana del día 11 de Enero de 1874. Llegaba mi compañía, mandada por el capitán Carreras, de Mataró, donde había pasado la noche y de donde llamada telegráficamente venía por ferrocarril, cuando supimos que la causa de tan rápido viaje era la necesidad de atacar el pueblo de Sarriá, donde los batallones republicanos del *Xich de las Barraquetas*, habían proclamado la República Federal. En el patio de la Capitanía General de Barcelona arengó el general Martínez Campos á la compañía de ingenieros y á otras fuerzas que con ella venían. Recuerdo con emoción aquellos viriles acentos, aquel llamamiento á la defensa del orden social tan seriamente amenazado por los elementos perturbadores, siempre preparados en Barcelona, la voz del patriotismo vibrando con sereno timbre y mostrando la unidad de España en gravísimo peligro por el cantonalismo que aun resistía en Cartagena y cuya bandera mantenían los federales de Sarriá. No era un discurso académico el del general Martínez Campos, seguramente estaría lleno de incorrecciones, pero en aquellas palabras se sentía latir el corazón de un soldado y de un patriota, en aquellas frases cortadas, en aquel acento rudo, se traslucía un carácter, un hombre.

Un año después, en Enero de 1875, le veía disponer con escasas fuerzas y mediante rapidísima marcha de la brigada Nicolau, con la que iba mi compañía mandada por el capitán Bethencourt, el socorro de Granollers atacada por los carlistas, y unos días más tarde combinar los movimientos de cinco columnas que trataron de escarmentar á las fuerzas carlistas de Tristany y Miret, que habían bajado al Campo de Tarragona y allí puesto en momentáneo aprieto á la columnita del Fijo de Ceuta. En aquella ocasión mi compañía fué durante ocho ó diez días inmediatamente detrás del cuartel general de Martínez Campos y pude observar la sobriedad de sus comidas, su constante solicitud por el soldado, el modo acertadísimo con que entendía aquella especial guerra de montaña de Cataluña, su manera de acoger y tratar á los payeses, todo aquello que aunque parezca nada le dió tanto prestigio en el país, tanto ascendiente sobre el soldado, tanto respeto por parte del enemigo.

En Marzo del mismo año emprendía las operaciones para la ocupación de Olot, primer acto de franca ofensiva de su campaña. Después del calamitoso periodo de 1873 y de su consecuencia, la dominación de la Montaña de Cataluña por los carlistas, bastante habían hecho los an-

(1) 12 Junio 1873.

tecesores del general Martínez Campos con restablecer la totalmente perdida disciplina y plantear una defensiva vigorosa y respetable. Berga, que se había mantenido milagrosamente, necesitaba el apoyo de otros puntos fortificados, principalmente de Vich y Manresa, que con Igualada formaban una línea de sólidos puntos de apoyo para las columnas que mantenían cierta dominación en las comarcas que rodean y sirven de acceso á la Alta Montaña, y conservaban en lo posible el prestigio de las armas del gobierno. A esto atendieron principalmente durante sus periodos de mando los generales Serrano Bedoya y López Domínguez, que tuvieron que dedicar su atención á proteger las obras de fortificación de los mencionados y algunos otros puntos y á la organización del Llano de Barcelona en forma que estuviese libre de incursiones y depredaciones del enemigo; pero quedaba Olot, cuartel general, núcleo de las facciones, campo atrincherado natural defendido por un circuito de inaccesibles montañas, con pasos en número escaso, poco menos que impracticables casi todos, que constituyen formidables posiciones defensivas los otros. Y estas posiciones se estaban reforzando con trabajos de atrinchamiento, y para defenderlas se organizaba el *Somatén*, milicia de reserva, tradicional en Cataluña, inútil seguramente para la ofensiva, pero eminentemente apta para la resistencia local.

Las operaciones contra Olot se realizaron en el momento oportuno: uno ó dos meses más tarde tal vez hubieran fracasado. Su ejecución muestra una maravillosa intuición de como debe llevarse á cabo una expedición de este género. El general en jefe con dos brigadas que reunían siete batallones y ocho cañones de montaña, salió de Gerona, simuló la marcha á Olot por la carretera de Banyolas y Besalú y torciendo á la izquierda marchaba con rapidez por la sierra de San Clemente á pernoctar en Amer, mientras la pequeña división del general Esteban, con seis batallones y seis cañones, llevando dos compañías de ingenieros, salía de Vich y pasando el Ter avanzaba hasta el Esquirol, al pie de la sierra del Grau. El día siguiente, 17, el general en jefe ocupaba las alturas del Far y la Salud que aseguraban su izquierda y el enlace con las fuerzas de Esteban, y por el valle de Amer, dominaba sin resistencia seria la sierra de Santa Cecilia y emprendía la bajada al valle de Bas. Entre tanto la división Esteban amagaba forzar el paso central de la sierra del Grau, el de Coll-sa-Cabra, y envolvía la izquierda carlista por el Coll-sas-Vilas, yendo á bajar al valle de Bas por la sinuosa cuesta del Hostal del Grau, no sin tener que sostener su retaguardia un rudo combate con cuatro batallones carlistas, que burlados en su propósito de defender el paso, atacaron aprovechando la difícil situación que creaba á la división la tortuosa bajada. Las dos divisiones se reunían por la tarde en San Esteban del Bas y en el acto adoptaba el general Martínez Campos las disposiciones preparatorias para el ataque del día siguiente. Faltaba en

efecto conseguir el éxito táctico, aunque el estratégico ya estaba obtenido: el agresor estaba dentro del gran campo atrincherado. El 18 un vigoroso y bien conducido ataque á la derecha carlista, en la sierra de la Pinya y en Mont Olivet, al mismo tiempo que se ocupaban con ligera resistencia las posiciones de su izquierda, Batet y la Trinidad, hacía caer la villa de Olot en poder del general en jefe, que el mismo día hizo ocupar Castellfullit de la Roca, cuyo desfiladero proporcionaba la comunicación segura con Gerona, por la carretera.

La importancia de la ocupación de Olot obligaba á su conservación, y para que no se repitiesen sucesos como la acción de Oix, era necesario asegurar la comunicación con Gerona. Para ello era indispensable ocupar el desfiladero de Castellfullit. Resultó de aquí un conjunto que bien podría llamarse,—en pequeño, como todo lo que se refiere á nuestras guerras civiles—una *región fortificada*. Rodeaban á la villa de Olot, provista de un sólido recinto de muro aspillerado flanqueado por torres, cuatro fuertes para 50 ó 60 hombres de guarnición cada uno, y armados con uno ó dos cañones de campaña, los de San Francesch, Mont Olivet, Bisarocas y el caserío atrincherado de Batet. Castellfullit, defendido naturalmente por el alto escarpado que rodea casi todo su perímetro, completando el recinto algunos trozos de muro aspillerado, tenía en las alturas formidables que rodean el pueblo los fuertes de Canadell, Cos y Monrós, que formaban un triángulo casi equilátero, de unos 4 kilómetros de lado. De Monrós á Batet hay poco más de otro tanto y quedaban así relacionados los dos centros defensivos formando un circuito de ocupación de unos 21 kilómetros en total, pero sin que pudiese ni debiese considerarse este conjunto como un cordón de obras conjugadas, sino como una serie de puntos fuertes aislados para su defensa individual, pero en relación mutua por la acción lejana de sus fuegos de artillería, por el apoyo que con su recíproca vigilancia podían prestarse y por la facilidad de que un corto núcleo de fuerzas móviles recorriese el que se viese atacado. La concepción genial de este notable grupo defensivo ó región fortificada, debido enteramente al pensamiento del general Martínez Campos, constituyó una feliz innovación en el modo de entender el empleo de la fortificación en nuestras guerras civiles: para mantenerla se necesitaron al principio 4 ó 5 mil hombres, mientras las obras no estuvieron en pie respetable de defensa, que se redujeron más adelante á un millar y en ocasiones á 400 ó 500 hombres. Me honro en haber tomado parte en la ejecución de este pensamiento, bajo la dirección del comandante Recio, la más inmediata de mi capitán Bethencourt, habiendo cooperado también los capitanes Carreras y Cebollino.

Precisamente estos importantes trabajos de Castellfullit y de Olot, que duraron hasta el mes de Septiembre, me impidieron, con gran pesar mío, tomar parte en el sitio de la Seo de Urgel, del cual por lo tanto no habla-

ré aquí, pues no quiero recordar más que lo que personalmente puedo rememorar. En cambio puedo hablar de la campaña de *Pacificación*.

Extinguida la guerra civil en el Centro con la toma de Cantavieja y el paso del Ebro por las facciones de Dorregaray, se reunían en Cataluña los dos ejércitos mandados por los generales Jovellar y Martínez Campos, el primero de tres divisiones que reunían 22 batallones, 1.600 caballos y 24 cañones, el segundo de 26 batallones, 800 caballos y 28 cañones, con 14 batallones más ocupados en destacamentos y guarniciones, en total, unos 53.000 hombres. En cambio los carlistas se habían también reforzado, pues á los 21 batallones y 5 escuadrones de las facciones catalanas, había que añadir 15 batallones y 10 escuadrones de valencianos y aragoneses: en total unos 20.000 hombres. Lo primero era hacer el sitio de la Seo de Urgel, empresa comprometida, por la dificultad de conducir artillería de batir, y por la situación insegura del ejército sitiador en sus líneas de cerco, que se venció á fuerza de buena voluntad por parte de todos.

Tomada la Seo de Urgel no estaba todo resuelto. Quedaban en el campo fuerzas carlistas más numerosas que las que habían existido durante toda la guerra, y aunque el ejército estaba también considerablemente reforzado, las dificultades eran grandes. El método que adoptó el general Martínez Campos consistió en una franca y audaz ofensiva, aprovechando el efecto moral que en las facciones debían haber causado las victorias del Centro y la pérdida de la Seo de Urgel, combinada con la ocupación del territorio. Dividió el ejército en medias brigadas, columnas maniobreras de dos batallones, algunos jinetes y dos cañones de montaña, unos 1.600 hombres, fáciles de racionar y de alojarse, rápidas en sus marchas, gracias á lo habituada que estaba la tropa á la *guerra de piernas*, con fuerza suficiente para no temer un descalabro formal, y para atacar aún á núcleos superiores, contando con el pronto auxilio de otras columnas, que *acudirían al cañón*, numerosas para que todo el territorio carlista se viese continuamente cruzado por ellas. Para servirles de puntos de apoyo, para privar al enemigo de centros de abastecimiento y de pasos necesarios, recurrió á la fortificación, atrincherando ligeramente ventas, ermitas, caseríos situados convenientemente, fortificando algunas poblaciones que antes no lo estaban y completando así una red de ocupación del territorio. Combinada la red de destacamentos estables y atrincherados con la móvil de columnas, no dejó pronto medios de vida á los núcleos de facciones, que se vieron obligados á fraccionarse, y á su vez el general subdividió sus columnas, primero por batallones, después por medios batallones, por último en grupos de dos compañías. A todo esto la actividad del general en jefe era incansable, se trasladaba de unas á otras regiones con pequeñísima escolta, tomaba el mando de una columna, la conducía á una operación que consideraba importante, la

abandonaba para ir al encuentro de otra, imprimía á todos su actividad, su inquebrantable energía, su fe en el sistema, conferenciaba con personas influyentes, se enteraba de las disposiciones y aspiraciones de la gente del campo, las atraía con su afabilidad, con su franqueza, con su carácter leal y abierto.

En estas continuadas excursiones, surgió sin duda en su mente la idea del *somatén general*, como medio no tanto de terminar la guerra, como de comprobar la extinción de las facciones. Estas se descomponían visiblemente, las presentaciones eran continuadas y numerosas, los jefes carlistas abandonaban los mandos, unos destituidos por sus desaciertos, otros desengañados de la inutilidad de continuar la guerra. Personajes como el *brigadier* Pancheta, nombrado para mandar la brigada de Girona, se apresuraba á presentarse en vez de tomar posesión de su azaroso cargo. La hora de la disolución había llegado, pero era de temer que se formasen, como al final de las otras guerras, partidas latro-facciosas que perturbasen y azotasen el país. El somatén general las ahuyentaba y establecía un fuerte lazo de unión en el país que había de servir para que éste manifestase su firme decisión en favor de la paz y se defendiese por sí mismo contra sus perturbadores, para que se diese solemnemente por terminado un periodo tan calamitoso, que amenazaba con la ruina definitiva á la antes próspera región catalana. La ovación entusiasta que los somatenes hicieron al general Martínez Campos en las inmediaciones de Calders, fué una manifestación espontánea del decidido propósito de los payeses de vivir en paz bajo la dinastía legítima del Rey D. Alfonso XII. El 19 de Noviembre después de tres días de somatén, se declaraba oficialmente terminada la guerra.

Ya en otra ocasión (1) apunté mis recuerdos de la guerra de Cataluña. La inauguración del bello monumento del general Martínez Campos me ha sugerido estos recuerdos, que dedico á la memoria inolvidable del insigne caudillo. Como ha dicho esta tarde una personalidad ilustre, «nosotros, que hemos sentido latir aquel corazón varonil al ritmo del corazón nuestro, que hemos compartido sus esperanzas y sus tristezas, estamos obligados á dar ante el Rey, ante la Real Familia, ante la Nación entera, testimonio de lo que hemos visto y ya no verán los venideros».

JOAQUÍN DE LA LLAVE

Coronel de Ingenieros.

Madrid, 28 de Enero de 1907



(1) *Apuntes sobre la última guerra en Cataluña (1872-1875)*—Madrid (Memorial de Ingenieros), 1877.

Traducido al francés por el general Jouart con el título *La guerre de montagnes pendant la dernière insurrection carliste en Catalogne (1872-1875)*.—París (Berger-Levrault), 1881.

EL GENERAL MARTINEZ CAMPOS

La inauguración, recientemente efectuada en Madrid, del monumento erigido al general Martínez Campos evoca de nuevo á la memoria la figura militar de aquel glorioso caudillo, en quien se personificaban de sobresaliente manera los rasgos y cualidades más características de nuestro ejército. Por este motivo nos complace en extremo rendir un modesto homenaje á la memoria de aquel gran patriota, y, á este efecto, copiamos íntegro el discurso que el Excmo. Sr. teniente general D. Federico Ochando pronunció en el Senado en la sesión del 21 de Noviembre de 1900, á raíz del fallecimiento del general:

«Señores senadores, el único título por el cual puedo atreverme á dirigiros la palabra, es el de haber sido testigo de muchos hechos de armas y de muchas campañas en que tomó parte el ilustre general Martínez Campos.

Su muerte, entiendo yo que para la Nación es la pérdida de un patriota; para el Ejército, la pérdida de la primera figura militar contemporánea; para la Monarquía, quizá la pérdida de su más firme pedestal; soldado cuya espada ha estado siempre con un convencimiento honradísimo al servicio de la Monarquía constitucional, principalmente desde la restauración de Don Alfonso XII. Su pérdida es inmensa, soldado de raza intrépida hasta la temeridad, sereno en el peligro, se crecía y transfiguraba en las grandes circunstancias y en los grandes momentos. Su abnegación en las campañas, su resistencia para las fatigas eran maravillosas; porque, aún siendo veterano, nos cansaba á los más jóvenes. Su delicadeza extremada en puntos de honor, hacían de la figura de Martínez Campos un tipo digno de ser imitado por todos los generales españoles.

Modesto y sencillo en sus gustos, en sus costumbres y sus hábitos, el general Martínez Campos parecía más bien un demócrata, más demócrata que muchos republicanos de chaqueta. Era religioso; pero no era beato ni hipócrita, y el cariño de su familia no tenía otros límites que el que le imponía el cumplimiento del deber.

El Sr. Martínez Campos reunía unas condiciones y unas dotes de mando muy extraordinarias. Generalmente, en los ejércitos suele haber dos escuelas: la de los generales que creen que haciéndose querer y repartiendo dádivas se agradecen esos servicios y se hacen muchos amigos, y la de los que, por el contrario, creen que haciéndose temer y mandando con absolutismo se hacen respetar y consiguen más resultado.

El general Martínez Campos no era de ninguna de estas dos escuelas; era de la verdadera escuela militar, de la de las Ordenanzas, que recomiendan hacerse querer y respetar.

Yo conocí al general Martínez Campos al empezar la campaña de Cataluña en 1873, en época de triste recordación, en época en que el gene-

ral García Velarde había aceptado el mando de Cataluña y se comprometió á no aplicar la pena de muerte; esto se supo pronto y corrió como el reguero de pólvora la insubordinación; no había, por tanto, el respeto que debía existir para los superiores, y el mando era casi imposible.

En aquellos momentos el general Martínez Campos fué destinado á mandar como gobernador militar la provincia de Gerona. El se prodigaba revistando las columnas, y llevaba al combate las fuerzas, batiendo con frecuencia á las partidas carlistas.

En Oristá habian éstas batido á una columna que iba casi sin oficiales, cogiéndole dos piezas de artillería; el general Martínez Campos llegó con otra pequeña fuerza, y en un momento reconquistó las piezas, atacando con bizarría y se hizo acreedor á la cruz de San Fernando, dispersando á los enemigos.

Cuando llegó á Cataluña lo recibimos los oficiales con una grandísima satisfacción por la gloria y la fama de que venia precedido; como ha dicho muy bien el digno señor general Azcárraga, presidente del Consejo de ministros, el general Martínez Campos, desde la guerra de Africa, tenía escrita su historia militar, y allí se distinguió mucho en las retiradas, para acampar, de las fuerzas del general Prim, que lo llevaba en su Estado Mayor y lo quería entrañablemente, como se justifica leyendo los autógrafos dedicados á Martínez Campos del marqués de los Castillejos en cartas y fotografías.

Cuando la revolución del 68, Martínez Campos era jefe de Estado Mayor en Zaragoza, y lo quiso comprometer en el movimiento el general Prim al lado del cual hubiera sido lo que hubiera querido; pero era tal su fe en la Monarquía que se marchó á Cuba después de la revolución á conquistar nuevas glorias, y no quiso figurar en el alzamiento de Cádiz y de Alcolea.

En la campaña de Cuba fué querido por todos los generales en jefe, principalmente por Caballero de Rodas y el conde de Balmaseda, y tardó más de dos años en constantes operaciones para poder ascender á brigadier; mucho más tiempo de lo que desgraciadamente se ha tardado en las recientes guerras coloniales, en las que se han prodigado excesivamente las recompensas. El general Martínez Campos conquistó grandes glorias en los campos de Cuba, siempre se distinguió por su generosidad con los heridos y prisioneros. En el verano de 1873 tomó el mando en Albacete de tropas insubordinadas, pero se impuso, y con éllas conquistó Valencia y sitió á Cartagena.

Después, cuando el ilustre marqués del Duero fué con un cuerpo de Ejército para el levantamiento del sitio de Bilbao, el general Martínez Campos mandaba una división; tuve el honor de ser jefe de Estado Mayor de ella y pude apreciar las extraordinarias dotes de mando del general que se batió en las Muñecas brillantemente, y después en Monte Mu-

ro, cuando ocurrió la muerte del marqués del Duero y se dió la voz de retirada, estando enfermo el general Echagüe, que era á quien correspondía el mando; el que verdaderamente tomó la dirección del Ejército fué el general Martínez Campos, porque los jefes de mayor categoría se la cedían, y todos reconocían que tenía la facultad de imponerse en aquellas graves circunstancias.

Más tarde, como capitán general de Cataluña en 1875, tuve ocasión de acompañarle en algunos hechos de armas, y voy á citar uno, porque es gráfico, para apreciar sus cualidades. Ibamos desde Gerona hacia Amer por la orilla izquierda del Ter, en persecución de los carlistas; llegamos al río por donde había pasado una numerosa partida carlista en una barca que echó á pique después; buscamos el vado y se tardó en encontrarlo por ser invierno y estar el río muy alto. El general Martínez Campos, sin vacilar, bajó de su caballo, se entró en el río con el agua hasta la faja, detrás de él entramos todos los jefes del cuartel general, sin que ninguno, lo mismo jefes que oficiales se lamentaran, y con el agua fría hasta la cintura estuvimos mientras desfiló toda la columna, cantando los soldados al ver al general.

Así es como ejercía el mando el general Martínez Campos: predicaba con el ejemplo y obtenía del soldado todo cuanto necesitaba para vencer. Aquella tarde batimos á las partidas.

Cuando después de haber pacificado á Cataluña, de haber tomado á Seo de Urgel, Mirabet, Flix y antes á Cantavieja, en combinación con el general Jovellar, fué Martínez Campos á mandar el Ejército de la derecha en el Norte, dejó al general Primo de Rivera para que con su cuerpo de Ejército atacara Estella, y salió de Pamplona con el cuerpo de Ejército del general Blanco, dejando á la izquierda la cumbre del puerto de Velate, que estaba cortada con trincheras, y por Zubiri, Eugui y puerto de Urtiaga, llegamos con felicidad á Elizondo con pequeños combates.

El general estuvo constantemente pendiente del barómetro; tuvimos la suerte de hacer aquella penosa marcha con buen tiempo, y á los pocos días cayó una inmensa nevada, que si nos hubiera cogido en el camino habría destrozado las tropas.

Cuando después de los combates del monte Centinela, de Peña Plata y de Vera, se encontraron los Ejércitos de la derecha y de la izquierda en Tolosa ante S. M. el Rey D. Alfonso XII, éste encargó al general Martínez Campos que pasara la divisoria de Navarra para perseguir las últimas fuerzas del Ejército de D. Carlos.

Los siete batallones carlistas que estaban en los altos se presentaron, preguntando por el general Martínez Campos, ante el cual querían capitular. Me dió la orden de alojarlos en un pueblo, y con ellos pasé una noche, y entré al día siguiente en Pamplona; á su frente llegó el general Martínez Campos, ante quien desfilaron con las armas los siete batallo-

nes alaveses, castellanos, etc., alojándose con nuestros soldados sin que hubiera el menor disgusto; todo por el prestigio del general Martínez Campos; de aquel general que, al pasar por la frontera de Francia, obtuvo una brillante ovación por parte de infinidad de oficiales franceses que habían visto el último combate en las Palomeras de Echalar, en donde las fuerzas carlistas se habían batido bien y las nuestras se cubrieron de gloria.

Fué muy felicitado, repito, por los jefes y oficiales franceses cuando vieron desfilar tan marcialmente aquellas bizarras tropas que llevaban cuatro años de campaña.

A los pocos meses de terminada la guerra carlista, cuando ya lo tenía todo ganado, cuando era capitán general de Ejército y estaba en posesión de la gran cruz de San Fernando, marchó en el otoño de 1876 á Cuba para terminar aquella larga campaña; y á los dos años de operaciones consiguió con su actividad, su energía y su política de atracción, desarmar al enemigo, inculcándonos á todos los generales y jefes de columna que tuvimos el honor de acompañarle, sus ideas y procedimientos para hacer que los enemigos se convirtieran en pacíficos habitantes. En Cuba tenía entonces tantas ó quizás más simpatías que en España.

Conocidos son de todos los hechos posteriores del general Martínez Campos: os he referido unos cuantos de las campañas á que con él asistí, porque me parece este el momento oportuno de hacerlo, aunque tal vez cansando al Senado (Varios señores senadores: No, no); voy á sentarme porque no quiero ser más extenso.

Cuando el general Martínez Campos volvió de Cuba en 1879, entiendo yo que realizó un grandísimo sacrificio al hacerse político; pero en el Ministerio de la Guerra trabajó con desinterés por el bien del país, exponiéndose á que se olvidaran las glorias que había conquistado en los campos de batalla, porque el cargo de Ministro de la Guerra gasta mucho.

En él llevó á cabo la disminución del Estado Mayor general del Ejército, estableció la amortización de oficiales, un régimen de prudencia en la cuestión de recompensas y de mandos, y el orden en toda la organización militar.

Desgraciadamente, no ha sido siempre imitado esto, principalmente en las últimas campañas coloniales; pero entiendo que estamos en el deber de decir ante el país lo que era ese general, que ha obtenido tanta gloria militar y que ha tenido la gran virtud de saberse dominar, y de sacrificar su propio interés en pró de la Patria. He dicho. (*Muy bien, Muy bien.*)



DESPUÉS DE ESCUELAS PRÁCTICAS

Algunas modificaciones que debieran introducirse en la preparación y realización de las Escuelas Prácticas de los Regimientos de Artillería de campaña.

I

Vigentes aun, en gran parte, las «Instrucciones para el tiro de las baterías de campaña», publicadas por R. O. de 13 de Julio de 1895, de las que solo se ha suprimido por RR. OO. de 1903 y 1904 lo referente á los ejercicios de fuego y al mecanismo del tiro—y habiendo variado tanto, de aquella primera fecha á esta parte, el criterio sobre el empleo y funcionamiento de esta Artillería, resultó que en la preparación de Escuelas Prácticas van comprendidos muchos ejercicios, cuya finalidad es al menos nula—sino negativa—y que creemos deben suprimirse ó modificarse si han de obtenerse resultados prácticos y eficaces. Algo análogo ocurre en la práctica de los ejercicios de fuego, y sobre una y otra cosa vamos á permitirnos hacer algunas observaciones, por si se creen atendibles.

II

Como preliminar, y solo de pasada, hemos de decir que debe procurarse una vez terminada la, mal llamada, instrucción de carreteo, tener á las baterías el menor tiempo posible en los campos de instrucción, haciendo en cambio que vayan mucho á los de maniobra, lo cual no es tan difícil como aparenta creerse. Basta romper la rutina y, si acaso, gastar algo en indemnizaciones á propietarios. Poco dinero y bien empleado. De no hacer esto, las baterías más movidas en los campos de instrucción, serán torpes en los de batalla.

Enlazada con ella va la idea: de que, debiendo las baterías de campaña, (salvo las á caballo) acompañar á la Infantería, su aire normal debe ser el paso, procurando que éste sea el más igual y largo posible, con lo cual se sigue bien á cualquier columna y no se fatiga ni gasta el ganado. La batería preparada al paso, resiste muy bien un buen avance de trote—el que necesita para entrar en la línea de acción.—Ya no hay necesidad de entradas en posición—que casi siempre será cubierta—al trote, ni al galope, sino con calma y *con los elementos de tiro*. Y no se debe abusar del ganado, agotándole inoportunamente, para que no pueda responder en el momento preciso.

No quiere esto decir que no se manibre al trote: una batería debe saber maniobrar á todos los aires, para emplear cada uno cuando sea preciso; sino que no debe abusarse del trote, considerando este aire como normal según hoy se hace y apreciando el mérito ó tomando como factor del mérito de una batería, su mayor ó menor rapidez en la maniobra. Es como si la Infantería fuese siempre al paso ligero, porque alguna vez lo necesite.

Hoy, la mejor batería es la que antes y mejor reuna los elementos de tiro y con ellos, naturalmente, haga antes y mejor efecto.

III

Entremos en la preparación de Escuelas Prácticas, cuyo primer ejercicio «Estudio del terreno», si bien puede subsistir en su esencia, no así

en el modo de realizarse, pues esto entra ya algo y aun mucho en la exploración y para ella, aparte de las pruebas pendientes del procedimiento del marqués de Casablanca, se ha recomendado oficialmente la práctica del sistema *Morelle*, hasta tanto que la Escuela de tiro redacte el Reglamento definitivo (1).

Y á la exploración artillera y á la orientación tienen que limitarse en los regimientos esos estudios del terreno: lo demás no es asunto nuestro y no se debe recargar la instrucción con cosas supérfluas.

Sigue la «Apreciación de distancias», cuyo ejercicio, tal como figura en las «Instrucciones», debe en absoluto desaparecer, pues ni es posible deducir consecuencias de él, ni tiene finalidad práctica. Aparte de que hay otros sistemas modernos, unos que pudiéramos llamar vulgares (el *Percin* y el *Morelle*), otro científico (el de Casablanca), que dan esas distancias con la aproximación necesaria y por procedimientos siquiera lógicos, es que tal como lo reglamentan las «Instrucciones» no se puede conseguir más que perder tiempo, no ya haciéndolo unas cuantas veces al año, como se hacen, sino aunque se hiciesen á diario. Si son siempre en el mismo campo, llega todo el personal á saber de memoria las distancias: si se verifican, como se debe, en campos variados, las observaciones que se anotan en los cuadros son caprichosas y solo hechas por cumplir con una fórmula.

Si se lleva la verdad al ejercicio final, todos los resultados tienen errores notables. No hay nadie que, á ojo, pueda apreciar las distancias artilleras con menos error, ó siquiera con el preciso, para empezar el fuego: y esto, aunque se hagan muchos ejercicios y se tenga práctica de campo.

Antes, acaso los errores fuesen admisibles: uno de 600 metros en 2 mil ó 3.000 podía corregirse con el fuego, con relativa calma: hoy no se puede hacer esto; no hay tiempo.

Es un ejercicio inútil, falso y expuesto á graves consecuencias. Consúltese á todos los jefes y oficiales que, al año, lo practiquen y ellos dirán, si tenemos ó no razón.

En cambio, lo referente á la «práctica de reconocimiento de blancos y elección de posiciones» no sólo debe subsistir, sino que hay que ampliarlo mucho en cantidad y en calidad.

En cantidad, porque nada se hará en Artillería, como no vayamos al «*Tous-dehors*» de *Morelle*, y si hemos de ser útiles en su día, es preciso que desaparezcan los paseos de ganado, las instrucciones en el campo de instrucción—en cuanto esta termine, claro es,— y se vaya mucho, casi á diario, con mucha ó poca gente, con buen ó mal tiempo, á los campos de maniobras, á hacer la práctica que este capítulo pide.

En calidad, porque este ejercicio debe ser precedido y como el complemento del de exploración, ampliándose á la determinación de los elementos de tiro, una vez reconocidas las supuestas posiciones enemigas y elegidas las propias, todo con los modernos elementos y métodos de reconocimiento y no representando siempre vistas las posiciones contrarias, sino procediendo sucesiva y gradualmente, de las vistas á las oculatas. Además no debe limitarse el ejercicio á baterías aisladas, sino empezar por estas y luego hacer lo mismo con los grupos, y en tal caso hay que terminar por el establecimiento de las comunicaciones del jefe del

(1) Se ha publicado una «Cartilla de exploradores» después de escrito este trabajo.

grupo con las baterías y con la comandancia de artillería, que puede representar el coronel.

Muy discutida la utilidad ó inutilidad de los observadores, cualquier cosa que sobre ellos dijéramos, en uno ú otro sentido, podría parecer parcial, por lo que preferimos pasar por alto este punto, sin más que decir que, en todo caso, sería preciso variar el sistema de instrucción ordenado en las «instrucciones» pues, al menos, se ha quedado anticuado.

Lo referente á apuntadores, artificieros y jefes de pieza, ha sido ya modificado en la práctica, lo que nos evita decir nada sobre éllo.

Lo mismo ocurre con la puntería indirecta ya desaparecida, en la forma que en dichas «instrucciones» se previene.

En cuanto al tiro simulado, también la práctica ha ido modificando, lo en aquéllas escrito, y las exigencias modernas, posteriormente á ellas, aparecido.

El tirógrafo Esparza—que tan útil ha sido—no puede usarse ya más que para el tiro de alza única y además no tiene su importancia anterior, por la mayor sencillez de las actuales «reglas de tiro» y por las nuevas ideas sobre éste.

En cambio debe seguirse empleando mucho el tirógrafo López Palomo—con la modificación últimamente hecha por su autor, para cambiar los choques y explosiones, en proporción de altas y bajas—pues éste para ejercicios de campo complementa los de reconocimiento de blancos y elección de posiciones. Pero no debe emplearse sólo, sino precisamente en esos ejercicios y como final de ellos, después de determinar los elementos de tiro, con los que se debe empezar el de tiro simulado.

Queda por ver cómo se resuelve la cuestión de la apreciación de alturas de explosión por medio de petardos, ó por otro cualquiera, problema que nosotros creemos, no sólo en el fuego simulado, sino en el real, de, al menos, muy difícil solución, pues *el aire no tiene referencias*, cada caso es diferente y no hay posibilidad de apreciar casi nunca el plano de referencia. Y un sencillo y probable error de un metro, en la apreciación de la altura de ese blanco, cambia por completo el resultado del fuego.

Como se ve, casi vienen á reducirse todos estos ejercicios preparatorios de escuelas prácticas, á lo que el antiguo Reglamento llama «ejercicios de conjunto», pues no hay medio de separar unos de otros.

Los preparatorios, exploradores, observadores, orientadores, etc., deben ser de las instrucciones de batería y grupo.

FERNANDO RUÍZ Y FEDUCHY
Capitán de Artillería

DANIEL ALCARRAZ
Teniente de Artillería

(Concluirá.)

—><—>—
PORT-ARTHUR

—
(Continuación)

Trabajos ejecutados por el cuerpo de ingenieros en el sector defensivo comprendido entre la batería letra A y el fuerte número 3 (sector N), inclusive, en el año 1904.

6.—La batería Zaliternaia, primero 2 cañones Canet de 6 pulgadas en afustes navales, y después 2 cañones de 15 centímetros sistema Krupp.

7.—La batería letra A, seis cañones de 6 pulgadas y 1.966 kilogramos.

8.—Cuatro morteros de campaña, de 6 pulgadas, en afustes de ruedas, para los transportados de un punto á otro.

9.—Otra batería, establecida en segunda línea, para 2 cañones de 6 pulgadas.

El total de piezas de artillería de combate era el de 31. La artillería de contraataque sumaba 42 piezas, las cuales fueron distribuídas proporcionalmente en todo el frente.

La escasa dotación de municiones existente en la plaza, así como lo reducido de la artillería montada en los intervalos entre los fuertes, obligó á instalar en el frente terrestre algunos cañones sacados de los barcos, principalmente piezas de 15 centímetros.

Las baterías, además de su escaso armamento en piezas, dejaban mucho que desear en el concepto de que no resguardaban bastante del fuego enemigo á los sirvientes.

En los barcos, las bordas acorazadas protegen á los sirvientes. En el frente terrestre, como la artillería carecía de tales defensas se exponía á ser vencida. Las plataformas de madera que se proyectaron para las piezas ocupaban mucho espacio, en planta, y por consiguiente dificultaban la buena colocación de trincheras donde los sirvientes pudieran abrigarse del fuego enemigo; además, como el eje de muñones estaba muy alto sobre la explanada, la máxima altura que pudo darse al parapeto fué de 75 centímetros, resultando que los sirvientes quedaron al descubierto desde la cintura arriba. Las cañoneras fueron desechadas, porque se procuró en primer término que las piezas tuvieran el mayor campo posible de tiro en el sector horizontal.

En las baterías armadas con afustes de plaza, dejando aparte las circunstancias de lugar y tiempo, convenia espaciar muchísimo las piezas, pero esto no pudo hacerse en muchos casos, por ejemplo en las del Grande y Pequeño Nido del Aguila, y se recurrió á la interposición entre ellas de traveses con blindajes inferiores. Para la conservación de las cargas y material se construyeron unas veces nichos en las baterías, y otras abrigos enterrados y separados, pero cerca de cada batería, pero de todos modos el transporte, durante el combate, de las municiones desde los almacenes de pólvora centrales fué difícil, como se había ya previsto. La distribución de las baterías en los diferentes puntos fué muy defectuosa, lo cual pagamos caro durante todo el sitio. Como consecuencia, en cierto modo lógica, del insuficiente número de piezas disponibles, quiso el comandante de artillería que las de gran calibre fuesen montadas de manera que pudiesen contrarrestar un ataque á viva fuerza, á pesar de que su verdadero objeto era el de contrabater á la artillería enemiga; de aquí que fué menester situar las baterías en las crestas y vertientes exteriores de las montañas, lo que aprovechó el diligente adversario para batirlas y reducirlas al silencio.

La situación expuesta acarreó además otro inconveniente técnico. Como los parapetos caían sobre laderas muy escarpadas, entraron en su construcción grandes volúmenes de tierra que fué menester acarrear desde otros puntos. (Ejemplo: las baterías del Grande y Pequeño Nido del Aguila).

Brillante demostración de lo conveniente que era el situar las baterías en lugares desenfilados de las vistas, se tuvo en la batería de morteros del Lobo,alzada en el revés de la ladera. Pese á todos los esfuer-

Fig. 2

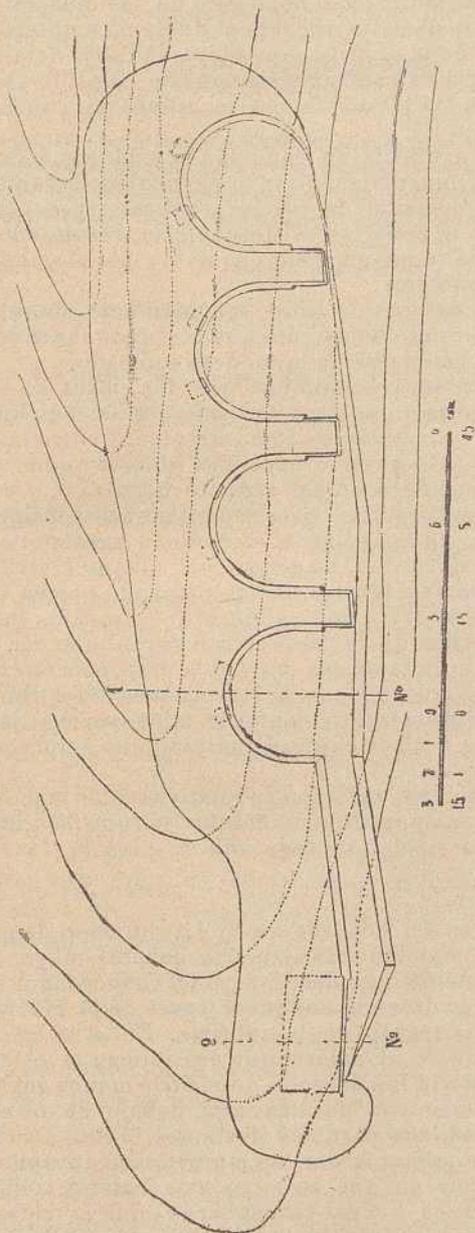


Fig. 4

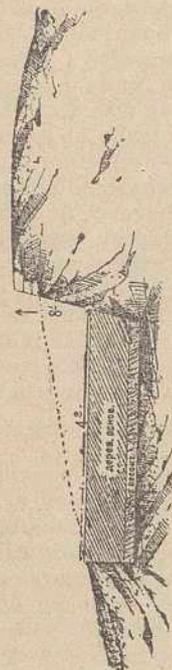


Fig. 3

zos de los japoneses, no pudieron desmontarla, aunque el humo de los disparos de los morteros denotaba su situación.

Los japoneses montaron todas sus piezas en lugares cubiertos, lo

cual dificultó extraordinariamente el cometido de las nuestras, y nos privó de las probabilidades de éxito durante el duelo de artillería.

La única justificación de la distribución adoptada fué la debilidad numérica de nuestra artillería de contraataque, puesto que ello provocó el deseo de emplear también las piezas de grueso calibre para rechazar los asaltos.

La idea de cubrir con artillería de campaña los flancos defensivos y las avenidas de las obras inmediatas, no tuvo partidarios durante mucho tiempo. La susodicha pretensión de que la artillería gruesa batiese el terreno inmediato, obligó á ponerlas al descubierto, resultando que en los momentos en que tenía lugar un asalto se había de abstener de luchar contra la artillería enemiga.

Únicamente á últimos del mes de Julio, el comandante de ingenieros de la plaza, coronel Grigorenko, consiguió que el comandante de artillería desistiese de emplear las piezas de la manera indicada.

Aplicóse la conveniente separación entre las dos clases de artillería en la batería letra B, donde se montaron dos cañones de campaña, entre traveses y en cañoneras, para batir las comunicaciones entre la muralla china y la luneta de Kuropatkin; en la cañonera abierta número 2, para batir las avenidas del flanco derecho del reducto número 1; y en los reductos números 1 y 2. Por mi parte, observé estrictamente los principios en que se funda el empleo de la artillería. Cuando en Agosto el enemigo, después de tres días de bombardeo, emprendió el ataque á viva fuerza, me encontraba yo en la batería letra B, donde no quedó ni una sola pieza sin desperfectos; sin embargo, dos cañones de campaña, montados entre traveses á retaguardia de la batería, quedaron intactos; después del bombardeo, la infantería japonesa entró á la bayoneta en la luneta de Kuropatkin, y aquellos dos cañones, á las órdenes del coronel Taja-tieff, contribuyeron poderosamente á contener á las reservas japonesas que se acercaban, y á que tuviera éxito el contraataque emprendido por nuestras esforzadas reservas.

Terminadas las indicaciones principales relativas á los trabajos efectuados y expuestos los principios fundamentales porque se guiaron las obras, pasaremos á la descripción de cada una de ellas.

I.—CONSTRUCCIÓN DE BATERÍAS INTERMEDIAS

1. *Batería de morteros del Lobo* (figura 2). La situación de esta batería fué elegida por el comandante de artillería, general-mayor Bieli, de acuerdo con el comandante de ingenieros, coronel Grigorenko. Construyóse la batería en un lugar desenfilado, en el revés de la ladera, por lo cual costó al enemigo gran trabajo el descubrirla. En la lucha que tuvo lugar más tarde se demostró el acierto que presidió en la elección del lugar, puesto que esta batería fué acaso la que sufrió menos del tiro enemigo. Los morteros se separaron por traveses, debajo de los cuales se construyeron abrigos blindados para los sirvientes. Junto á cada pieza se dispusieron dos nichos para guardar las municiones durante el combate. Lo reducido del lugar en que se situó esta batería, impidió dar grande espesor á los traveses, lo cual sin embargo no tuvo malas consecuencias gracias á estar desenfilada la batería. El armamento consistía en morteros de costa, de 9 pulgadas, sacados de la montaña de Oro, montados en afustes sobre explanadas circulares.

(Continuará)

CAPITÁN BARMIN

(Traducido del *Inshenernyi Shurnal* por J. A., comandante de Ingenieros)